

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA

CON LA

aprobación eclesiástica,

y bajo la dirección

DE

E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico sale los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas, en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos, prefiriéndose siempre, donde las haya, las letras del Giro mútuo.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que a darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Febrero de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 38.

SUMARIO.

La Semana Santa en Jerusalem, por D.^a Robustiana Armiño.— Á la Virgen del Calvario, poesía por D.^a Maria Hurtado.— El Criterio, por D. Francisco Diaz Carmona.— Calvario y redencion, cartas de tres hermanas, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.

SEMANA SANTA EN JERUSALEM.

I.

Nada mas grande, mas sublime, mas conmovedor que la Semana Santa en Jerusalem, celebrada por un puñado de monjes cristianos, en los mismos lugares testigos de nuestra redencion, y que llevan consigo el sello de la mas augusta y poética tristeza.

El domingo de Ramos principian en Jerusalem las solemnes ceremonias de la Semana Santa ó mayor.

Para este dia acuden á Jerusalem religiosos de todos los conventos de la Tierra Santa, los habitantes de Bethleem y demas villas circunvecinas y los peregrinos de todas las naciones del mundo.

Cerca del altar provisional, levantado á la entrada del Santo sepulcro, se colocan las palmas que traen de Gaza la noche del sábado, y el guardian de los franciscanos, revestido de una magnífica capa morada, mitra y báculo, se adelanta hácia el altar, acompañado de sus asistentes, al compás del *Hosanna Filio David*, que entonan los chantres y repite la multitud con el fervor mas vivo.

El padre guardian bendice las palmas, y toma para sí una adornada de flores, que entrelazadas

forman al remate una corona pontifical, dando otra parecida al padre procurador, y distribuyendo algunas entre los religiosos y principales católicos.

Terminada la distribucion de las palmas, la procesion se pone en marcha, dando tres veces la vuelta alrededor del Santo Sepúlcro.

Antiguamente, para recordar con mas propiedad la entrada triunfal de Jesucristo en Jerusalem, los padres franciscanos se trasladaban á Betfagé, desde donde el guardian enviaba dos religiosos al mismo paraje en que la tradicion designa que el Señor mandó á dos apóstoles, diciéndoles: *Ite in castellum quod contra vos est.*

Los religiosos traian una borrica con su pollino, echaban capas sobre el animal, y el padre guardian, montado en él hacia su entrada en Jerusalem por la misma puerta que lo verificó Jesucristo, rodeado de los fieles de todas las naciones del mundo, que sembraban el camino de flores, palmas y oliva, cantando en voz alta: *¡Hosanna! ¡Hosanna!*

El principal motivo de haberse suprimido esta ceremonia, es el de las considerables sumas que costaba obtener el permiso del *bajá*, incompatibles con la escasez de recursos de los religiosos latinos.

Despues de la procesion de las palmas se celebra la santa misa con la mayor solemnidad, cantándose la pasion sobre el mismo sepúlcro del Salvador del mundo.

Terminada la procesion de los latinos, se verifica la de los armenios. El culto armenio es uno de los mas brillantes y suntuosos, apareciendo la procesion como un inmenso bosque de cimbradoras palmas, entre las que centellean las deslumbrantes vestiduras de los obispos, bordadas de plata y oro, embalsamando la atmósfera la perfumada nube que se exhala de los incensarios de los levitas.

MIÉRCOLES SANTO.

El Miércoles Santo, á las tres de la madrugada, los padres de la Tierra Santa se trasladan procesionalmente á la gruta de Getsemaní ó de la Agonía donde Jesucristo sudó sangre y agua.

La procesion sale de Jerusalem por la puerta de Bab-el-Side-Mirian (puerta de Santa María que guía al sepúlcro de la Virgen) y atravesando el valle de Josafat y el torrente Cedron, entra en el huerto de Getsemaní, donde aun existen ocho corpulentos olivos que segun la tradicion, estaban en tiempo de Jesucristo.

La Santa Cueva, situada al pié de la montaña

de los Olivos (Monte Olivete) y que se encuentra hoy en el mismo sitio que en los tiempos de la Pasion, está sostenida hácia la parte del Mediodia, donde forma un semicírculo, por tres pilares naturales, y recibe la luz por una hendidura situada en la parte superior y cubierta con una rejilla para evitar la profanacion.

Bájase á ella por ocho escalones tallados en la roca, y en el sitio donde el Salvador del mundo sufrió la mas amarga de las agonías, levántase un altar de piedras sueltas, sobre las que en ese dia se coloca una losa de mármol.

La cueva se alfombra y adorna, celebrándose en ella ocho misas: y cantando la mayor segun costumbre, un religioso español.

Terminada la misa, se cantan las letanias de la Virgen, y la procesion regresa por el mismo camino al monasterio.

A las tres de la tarde, los religiosos rezan delante del Santo sepúlcro el oficio de Tinieblas, segun el ritual romano.

Este oficio, que se viene rezando desde muy antiguo, tiene gran semejanza con el de los Difuntos. «Sin invitatorio, sin himno, sin bendiciones, sin capítulos.»

Tiene un carácter particular que produce en el alma un sentimiento de profunda tristeza.

Al concluir el oficio de Tinieblas, se oye en la iglesia del Santo Sepúlcro el mismo ruido de golpes y matracas que en nuestras iglesias, con la única diferencia de que al salir de la iglesia, van los niños á repetir su estrepitosa algazara delante de las casas de los católicos.

II.

JUEVES SANTO.

El dia de Jueves Santo, aniversario de la institucion de la *Eucaristia*, se designa en Jerusalem con el nombre angusto de *Dia de los misterios*.

En este dia, la iglesia del Santo Sepúlcro, adornada con la mayor suntuosidad, se ve invadida por multitud de fieles, de peregrinos, de curiosos, de armenios y mahometanos.

La misa celebrada por los religiosos franciscanos de la Tierra Santa empieza á las nueve, y el preste y los presbíteros asistentes ostentan magníficos ornamentos de terciopelo negro bordados en oro, regale, segun la tradicion, de un arzobispo de Valencia.

Terminada la misa, aparecen seis religiosos con brillantes capas pluviales, bordadas de oro y plata, sosteniendo un magnífico palio para re

cibir al reverendísimo padre guardian, que con gran pompa conduce al Santísimo Sacramento.

Caminando por entre dos filas, formadas por los padres de la Tierra Santa, que llevan hachas encendidas, la procesion entonando himnos sagrados, da tres veces la vuelta al Santo Sepúlcro, deteniéndose la tercera en la puerta.

El preste acompañado de los asistentes, entra en el interior, iluminado con profusion de lámparas y cirios; deposita la Sagrada Forma en un tabernáculo portátil de plata labrada, le coloca sobre el mármol que cubre el Santo Sepúlcro, y despues de haberlo adorado por algunos instantes, vuelve á salir, y desde el umbral de la puerta entona las vísperas, mientras que en la iglesia se desnudan los altares.

La Sagrada forma queda sobre el Sepúlcro hasta el dia siguiente, adorada sin interrupcion por dos religiosos que se relevan de hora en hora. Á los legos, y aun á los peregrinos, les está prohibida la entrada.

Á las dos y media comienza el lavatorio, lavando el padre guardian los piés á doce religiosos en una palangana de plata, asistido del diácono y del subdiácono.

Á las tres y media los padres vuelven á cantar el oficio de Tinieblas á la entrada del Santo Sepúlcro, acompañando las lamentaciones de Jeremías con tristísimos y acompasados gemidos.

VIERNES SANTO.

El Viernes Santo, los padres franciscanos celebran el oficio de la mañana en el Calvario con las mas tiernas ceremonias, trasladándose de nuevo procesionalmente con el Santísimo Sacramento desde el Santo Sepúlcro hasta la iglesia.

Toda la comunidad con el padre guardian á la cabeza come de rodillas, y no se sirve mas que pan, agua y algunas hojas de ensalada.

Á las tres y media de la tarde los padres cantan, como en los dias precedentes, el oficio de Tinieblas, y á la caída de la tarde se verifica la crucifixion y el descendimiento.

Á esta ceremonia asiste una gran multitud de hombres, mujeres y niños de todas religiones, guardando en ella la mas admirable compostura.

Á las siete, se reúnen los padres en la capilla de la Virgen, llevando en procesion el gran Crucifijo levantado en alto, y recitando durante el camino el *Stabat-Mater* y el *Miserere*.

La procesion se detiene en el altar de las ves-

tiduras y mas adelante en el de *Improprios*, continuando despues su marcha hasta la cima del Calvario

Allí, clavando en la cruz aquella bellissima figura, cuyos miembros flexibles se prestan á todos los movimientos, un religioso se dirige al pueblo, enseñando hasta en sus menores detalles la pasion de Jesucristo.

Despues de un cuarto de hora de profundo silencio, interrumpido tan solo por suspiros y lágrimas, uno de los padres sube á lo alto, quita de la augusta frente la corona de espinas y arranca los clavos de los piés y las manos de Jesús, en tanto que los demás sacerdotes sostienen con blanquísimos lienzos los descuyuntados brazos, verificándose el descendimiento en el mismo sitio y forma que el de Jesús.

Adorados corona y clavos por aquella multitud entusiasta, la procesion vuelve á la iglesia, llevando un religioso en un azafate de plata la corona y los clavos. Otros cuatro conducen la efigie, deteniéndose en la Piedra de la Uncion, que se halla cubierta con una tela fina sujeta con cuatro vasos de perfumes orientales. Envuelto el cuerpo en el sudario, se le coloca sobre la Piedra, descansando la cabeza sobre una almohada. El preste se arrodilla, le rocía con la esencia, quema incienso, mirra y áloes, y la procesion continúa hasta la iglesia, donde se coloca la efigie sobre el Santo Sepúlcro.

Esta estacion se llama *de las Santas Mujeres*.

Durante la *Semana Santa* los sacerdotes armenios se reúnen en el Santo Sepúlcro, ocupándose dia y noche en cortar infinitos pedazos de una tela blanca del tamaño de una sábana, en los que escriben algunas palabras en caracteres armenios, tocandolos despues al Santo Sepúlcro.

Estas sabanas se venden con gran estimacion á los peregrinos que acuden en tales dias de todo el orbe á Jerusalem, y regresan á sus hogares mas orgullosos con aquella humilde mortaja que con todos los tesoros de la tierra.

Para el peregrino que haya elevado su corazon á Dios en el Santo Sepúlcro, aquel blanco sudario tocado á la tumba del Redentor del mundo, será en la última hora una prenda de paz y redencion.

ROBUSTIANA ARMIÑO.

A LA VIRGEN DEL CALVARIO.

ODA.

Ángeles de la luz, tocad mi frente
 Vírgenes puras, concededme acento:
 Y Tú, Virgen clemente,
 Para cantar tu pena y tu tormento
 Dame una gota de tu llanto ardiente.

¿Qué te sucede á tí, Luz de los mares,
 Blanco Lucero de la noche oscura?
 ¿Y por qué mil pesares,
 Sellan tu frente de celeste albura,
 Esposa virginal de los cantares?

¿Por qué padeces Tú, blanca Azucena,
 Tú que perfumas de Esdremon el valle?
 ¿Y, dí, por qué serena,
 Bajas al suelo tu flexible talle
 Al fuerte peso de tu triste pena?

Mas ¡ay! que en vano mi cariño puro
 Pregunta con afán la causa fiera
 De tu dolor seguro,
 Que al que los cielos y la tierra hiciera,
 Miras pendiente del madero duro.

Lloras al Dios que tierno y anhelante
 Tomara vida entre tu casto pecho
 Con amor incesante
 Y hoy con el corazón pedazos hecho
 Muere gustoso por su pueblo amante.

Sí, por su pueblo, que en fatal delirio
 Le condena á la muerte ignominiosa
 De la Cruz y el martirio,
 Clavando la saeta dolorosa
 De triste muerte en tu nevado Lirio.

Y espira por Salem, que con furor
 Pide la sangre del Autor del mundo
 Y entre amargo dolor
 Y entre tormento sin igual, profundo,
 Hace morir al Hijo de tu amor.

Tintos están en sangre sus cabellos
 Rubios cual oro el mas acrisolado
 Y en pálidos destellos
 Pierde la vida, y su semblante helado
 No tiene el brillo de sus ojos bellos.

Por eso lloran Tú, Madre divina,
 Pues nada para Ti tiene la tierra:
 Y la flor coralina
 Pierde el encanto que su copa encierra
 Doblada la corola purpurina.

Los lirios del Saron vierten su llanto
 Al verte padecer tan sola y triste,
 Y su nevado manto
 Pierde su candidez, porque no existe
 El Hijo tierno á quien amaba tanto.

Por eso llora la brillante rosa
 Que perfuma del Rey el ancho valle,
 Y tu queja penosa
 La flor de fino y delicado talle
 Pone en su copa de marfil preciosa.

Por eso llora el orbe conmovido,
 Y lloran las estrellas misteriosas,
 Y llora el sol herido
 Y las brisas calladas, silenciosas
 Lanzan al viento su mortal gemido.

¡Ay! que tu pena dolorosa, ardiente
 No tiene igual en la doliente historia
 Y tu nevada frente
 Cubierta un dia de laurel de gloria
 Cúbrenla gasas de dolor candente.

Y bien puedes llorar, que sin medida
 Es tu dolor sin par, indefinible,
 Y tu voz dolorida
 Se apaga a impulsos del terror horrible
 Que hiela los alientos de tu vida.

Y triste Sensitiva, Pasionaria
 Que ostenta en su corola tristes flores
 Sucumbes solitaria
 Al espirar el Sol de tus amores
 Modulando de amor una plegaria.

Plegaria del amor acrisolado
 De un Dios que muere por salvar al hombre,
 Por eso he adorado
 Del Martir de la Cruz el dulce nombre,
 Por eso adoro tu penar sagrado.

Y ya que tu tritísimo gemido,
 Calmar no puedo con mi afecto tierno,
 Con llanto dolorido
 Quiero, a pesar del tenebroso infierno,
 Llorar contigo a tu Jesús querido.

Y en que la muerte dolorosa y fria
 Toque mi frente con su sello helado:
 Vela Tú mi agonía
 Y mi espíritu triste y apenado
 Cúbrele con tu velo, Madre mia.

MARÍA HURTADO.

S, Vicente de Munilla.

Como todo lo que está encaminado á difundir las ideas morales y religiosas, haya un eco en nuestro modesto periódico, publicamos con el mayor placer el adjunto prospecto con que inaugura su entrada en el estudio de la prensa la Revista religiosa, científica y literaria, titulada EL CRITERIO, deseando á nuestro nuevo colega que el público le acoja con el favor que merece por su indisputable mérito.

Al emprender la publicación de esta Revista, tratamos de realizar un propósito, cuyas graves dificultades, más de una vez han hecho desfallecer y vacilar nuestro ánimo, ya temeroso ante la magnitud de la obra, ya receloso ante la pequeñez de nuestras fuerzas.

Pero al fin, como quiera que no confiamos en estas solas, y como además sabemos que no hay empresa difícil para el que la acomete con valor y la sigue con perseverancia, con tal que le guie un recto y noble deseo, nos atrevemos á empezar esta publicación, poniéndola bajo la protección divina, sin la cual todo esfuerzo es estéril, y toda obra infecunda.

Sabemos cuan graves son los deberes del escritor, y cuan estrecha responsabilidad le alcanza, si desviándose de aquellos principios sanos y sólidos que solo posee la ciencia iluminada por la fe católica, trata de propagar doctrinas perniciosas, ocultando bajo las flores del estilo y las galas de la elocuencia, los caminos que conducen directamente al error ó la impiedad, para que se deslizen por ellos incautamente las gentes sencillas e inadvertidas. Sabemos también que es obra altamente grande y hermosa el consagrar las fuerzas, de que Dios haya dotado á cada uno, a la defensa de la verdad, y que asimismo lo es derramar por doquiera en la medida posible, las doctrinas saludables, de que tanto ha menester nuestra época, hondamente perturbada por todo linaje de opiniones, y llamada a ser como el teatro de la lucha gigantesca, en que se disputan diversas y encontradas ideas el dominio exclusivo de las conciencias y los entendimientos.

De lo cual á nadie cabe duda y basta lanzar una mirada en derredor, para comprender que corremos tiempos de controversia y de combate. En la historia, en la filosofía y en la literatura lo mismo que en el seno de la sociedad, hierven las pasiones, y preséntanse cada día nuevos adalides, apercebidos para la pelea, ora llevando en sus manos la piqueta demoledora de los modernos reformistas, ya esgrimiendo el bien templado acero de los antiguos cruzados.

Y unos y otros saben que la lucha es definitiva, porque es general, y que el resultado de ella es de gravísima importancia, como quiera que se trata de decidir á quien ha de pasar el cetro de las inteligencias y la dirección de las fuerzas sociales, si á la verdad católica, única medicina salvadora para todas las grandes dolencias de los pueblos, ó á la impiedad racionalista, que á manera de cáncer vá corroyendo en sus entrañas todos los principios, todas las instituciones y todas las creencias.

En realidad el éxito de este gigantesco combate no es ni puede ser dudoso. El grande Tertuliano ha dicho, «que la verdad no teme la luz y sí solo el ser condenada por los mismos que la desconocen.» Y ciertamente es condición de la verdad el ser constantemente combatida y perpetuamente vencedora. La historia, testigo fiel é imparcial de todos los acaecimientos, lo demuestra con clarísima evidencia en cada una de sus páginas. Ella ha visto pasar esa larga serie de rebeldes que se llaman Arrio, Nestorio, Juliano el apóstata, Juan de Hus, Lutero y Voltaire, y los ha visto también desaparecer sucesivamente, hundiéndose en la tumba con todo el cortejo de sus errores y de sus sectarios, mientras contempla hoy, como contempló ayer y contemplará mañana, erguida, escelsa é inmortal la figura de la verdad dominando los siglos y sus turbulencias, los hombres y sus pasiones, las ciencias y sus extravíos, las opiniones y sus efímeros triunfos, las sectas y su transitorio poderío.

Cierto, no es humano el auxilio en virtud del cual ella vence; pero los hombres de buena voluntad agrupándose bajo su bandera, y ondeándola sin restricciones cobardes, ni transacciones hipócritas, pueden acelerar su triunfo, haciéndose dignos con su heroísmo y sacrificios de que Dios se lo conceda mas en breve.

Y este y no otro es el deber del escritor católico, en presencia de la dolorosa crisis, porque atraviesa nuestra época. Cuales sean los medios que deba emplear para cooperar al triunfo, cosa es que á nadie puede ocultarse, si con atenta mirada escudriña las armas que el moderno racionalismo emplea para el ataque y el campo donde hoy se halla colocada la controversia.

En efecto, dos órdenes de sofismas tienden á enseñorearse de los espíritus con evidente propósito de demostrar que la doctrina católica es contraria al progreso humano. Los unos falseando y desfigurando la historia, para convertirla en demoledor ariete contra el edificio inmortal de la Iglesia, y en dócil instrumento de sus me-

quinos odios, pretenden convencer al mundo de que el mayor obstáculo que en todos tiempos ha encontrado en sus conquistas la inteligencia humana ha sido el dogmatismo cristiano, con sus creencias inmutables, con sus verdades infalibles y con su fé en la revelacion divina. Los otros mirando la cuestion de un modo especulativo, y creyendo pinsensatos! que la inmutabilidad doctrinal de la Iglesia, no puede compadecerse con el progreso, tratan de sostener que en efecto existe un antagonismo natural, entre el catolicismo que es la fé y la ciencia que es la verdad, presentando de esta manera como potencias rivales á las que, reconociendo un mismo origen en Dios, fuente eterna de la religion y la sabiduria, no pueden menos de marchar estrechamente unidas, con aquel vínculo poderoso, que liga entre sí todo de linage verdades.

Así, pues, la controversia racionalista gira hoy sobre estas dos bases, la historia y las ciencias filosóficas, y claro es que la mision del escritor católico consiste en demostrar por medio de una y otras, que la Iglesia no solo ha sido siempre el principio motor mas eficaz del legitimo progreso humano, sino que dada su doctrina, su constitucion y su carácter no puede menos de serlo.

Tales son los dos objetos culminantes que debe tener una publicacion católica en las presentes circunstancias, y tal es la grande y magnífica obra á que nosotros queremos cooperar en la proporcion de nuestras mezquinas facultades, seguros de que sea cualquiera el fruto de nuestro trabajos, la recompensa será de Aquel, que penetra los corazones, y no deja sin premio ni el mas ligero esfuerzo hecho por la santa causa de la religion y la humanidad.

Con esta firme y profunda conviccion, alentados además por la seguridad de que obedecemos á la voz de nuestro deber, empezamos esta Revista en cuya publicacion procuraremos con el mayor esmero reunir á lo útil y saludable de la doctrina, la amenidad y cultura de la forma, aprovechando para ello no solo la cooperacion de distinguidos escritores, sino tambien los trabajos mas selectos que se den á luz en el extranjero.

FRANCISCO DIAZ CARMONA.

CONDICIONES. Esta Revista se publicará dos veces al mes, desde el dia 1.º de Abril próximo, en cuadernos de 40 páginas cada número, en 4.º español; con la aprobacion eclesiástica.

Además daremos de regalo dos cuadernos al mes, los cuales se repartirán los dias 8 y 24, el

1.º de 40 páginas en 4.º, destinado á la publicacion de obras históricas, y el 2.º de 24 páginas en el mismo tamaño, que contendrá novelas y colecciones poéticas.

Su precio es el de 5 rs. al mes, tanto en Granada como fuera de ella, debiendo remitirse su importe á nombre de su Director, D. Francisco Diaz Carmona, Colegio de Santiago.

CALVARIO Y REDENCION

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Fabian á Maria

Dos cartas tuyas he recibido, mi querida Maria, y sobre todo la última me ha llenado de amargura. No hay duda de que Horacio conoce el secreto de tu amor, que Amelia tambien lo sabe, y que es imposible que vivas ya entre esa familia.

Oh! que va á ser de tí? no lo sé, ni me atrevo á aconsejarte!

Sin embargo, yo quisiera que volvieras al lado de nuestra madre, allí te espera la pobreza pero te espera la calma: yo trabajaré solo para las tres y Dios me dará fuerzas para llegar al término de mi camino.

Sí, yo me consagraré solo á vosotras, en vosotras cifraré mi esperanza, porque ¡ay! veo muy lejos la realizacion de otro sueño dulce y puro que flota perdido en mi pensamiento!

Angelina! pobre criatura! ¡ha qué he de negarte que la amo, con un sentimiento tan casto como ardiente, tan tenaz como imposible?

Imposible, sí; su hermana la ha ocultado por completo, en vano Susana busca indicios, agota sus recursos, gasta sus fuerzas en averiguar donde está la pobre niña; ¡nada consigue! ayer me escribió diciéndome todo esto y cifrando su afan en mi vuelta. «Nadie, dice en su carta, nadie se acuerda aquí de ella, ni parece hecharla de menos. La señorita Valeria, mas altiva, mas desdeñosa que nunca, es la reina absoluta de la casa, en cuanto á su padre, solo se advierte que su fisonomía está mas nublada, mas preocupada cada dia. Solo el pobre Tom, el perro, compañero fiel de la infancia de Angelina, la busca sin cesar, y va de un lado á otro manifestándola su cariño, mejor que todas estas gentes que no tienen corazon. El noble animal viene todas las mañanas, me mira tristemente y tiran

do de mi falda me conduce, ya al cuarto de Angelina, ya al antiguo pabellon del jardin donde pasó con ella tantos años. Allí la busca, recorriendo los sitios donde solia estar, y cuando ya se convence de que no la encuentra, dá algunos aullidos lastimeros y vá á hecharse á los pies del sillón donde ella estaba siempre sentada. Apenas come, y yo creo que pronto voy á perder tambien este amigo, que siente conmigo la pérdida de mi tierna hija.» Así acabó su escrito la buena nodriza, añadiendo en él solo las protestas de sus deseos de verme.

Ha veces, hermana mia, y cuando acabo de leer estas cartas, me dan impulsos de abandonar todo, de volver al lado de Valeria y arrancarle por fuerza la revelacion del sitio donde oculta á su hermana.

Pero ¡ay! ¿con que derecho daría yo semejante paso? ¿que títulos iba á presentar para esta exigencia? ¿que me responderían? ¿que podría hacer? ¡Nada! empeorar acaso nuestra situacion, declararme enemigo de esa mujer, en cuyas manos está la suerte de Angelina, y acrecer mi impotencia para hacer algo en su favor!

Esperaré, pues, esperar, buscando aquí entretanto el nombre y la fortuna que hace tiempo perdimos: con oro y posicion, casi todo se alcanza en la vida, con oro y posicion yo podría luchar frente á frente con esta familia y conseguir al fin mi anhelo y la vida y la felicidad vuestra y de nuestra madre. En nuestra egoista sociedad, todo se alcanza con el oro! ¡Oh! perdona hermana mia, me olvidaba de tí! tu ventura no se compraría con la riqueza!

Dejemos, pues esto y hablemos de nuestra familia, del pasado.

Cuando salí del cuarto del paralítico, despues le escuchar aquella larga conferencia, mi cabeza estaba trastornada y en mi mente se revolvan mil ideas contrarias.

¿Como lograr que un hombre rico y opulento fuese desmascarado y confesase su infamia, cuando esa infamia estaba hecha con tal cálculo que la ley misma la habia escudado? Donde buscar la justicia sin mas pruebas que la declaracion de un hombre anciano y enfermo, de cuya razon se puede dudar?

Oh! yo no intentaría presentarme á ningun tribunal por que ningun tribunal me hubiera oido.

Resuelto á obrar por mí mismo y colocado entre dos miserables, me resolví ante todo á tener una entrevista con el anciano ó con Castell, los cuales no podian suponer aún que yo conocia el secreto del pasado.

La impresion que yo habia causado en el se-

gundo me favorecia en extremo para el plan que concebí, y á él fué á quien me dirijí primero.

Al dia siguiente, pues, me encaminé á su casa vestido de negro y procurando dar á mi aspecto toda la gravedad y la autoridad necesaria para terminar el asunto que me habia traído á Londres.

Esto bastó para que me recibiese al instante. Me presente á él y despues de algunas palabras insignificantes,

—Caballero, le dije, necesito hablar á V. sin testigos.

—A mí? me respondió palideciendo.

—Sí, lo que vamos á tratar, añadí en español, es demasiado grave, y V. no querrá que sus dependientes se enteren de ello, porque no le conviene.

Dominado por mi acento, se levantó y abriendo una puerta, me hizo pasar á un pequeño corredor que conducia á un gabinete retirado del despacho, y á donde nadie podia escucharnos.

—Ya estamos solos, me dijo, procurando manifestar una tranquilidad que en realidad no sentia; ya estamos solos y si quiere V. decirme algo en nombre de D. Félix....

—No se trata de D. Félix, exclamé sin aceptar el asiento que me indicaba, no se trata de D. Félix, es algo mas grave lo que yo quiero preguntar.

—Entonces no comprendo... no sé, murmuró sin saber disimular la especie de fascinacion que le producía mi presencia.

—¿Cuanto le dió á V. su infame cómplice don Pedro de Ossorio, por el asesinato de mi noble padre el Marques de Alba-luz? le dije con acento breve y fijando en él una mirada aterradora.

—Caballero! balbuceó, ese insulto...

—Respóndame V. pronto, añadí, acreciendo en enojo; ya vé V. que no dudo, ya ve V. que lo sé todo.

—V. se engaña... yo...

—No trate V. de negar, por que su cómplice acaba de confesarmelo todo, de acusar á V. en mi presencia.

Estas frases le causaron un efecto terrible, Miró en torno con afan y murmuró lleno de anhelo.

—Como! D. Pedro á dicho...?

—Sí, respondí, prosiguiendo en aquella mentira: él lo ha dicho todo: que V. se ofreció á librarle del hombre que aborrecia, que V. fué quien concibió el proyecto de aquel asesinato... de aquella fuga... Oh! ya ve V. que á no haber sido él, nadie podia haberme dado tales detalles.

Y dice que fui yo... murmuró tartamudeando por el asombro y por el miedo.

—Sí, V. el autor y el instigador de aquel crimen.

—Ah! miente, miente! necesité muchas amenazas y muchas promesas para decidirme á ello! Como tú comprenderás, hermana mia, esto era una confesion terrible, pero una confesion hecha sin testigos y que de nada podia servirme.

Guiándome solo por el instinto de mi alma y confiando mi empresa en manos de la Providencia, dominé completamente mi emocion y continué con el mismo tono grave y severo.

—Ese anciano hace recaer la responsabilidad de aquel delito sobre V. solo, jura que no le autorizó para cometerle y que V. en su afan de una crecida recompensa, fué mucho mas lejos de lo que él podia creer.

—Eso dice?

—Oh! sí: y como ya comprenderá, á ser ciertas esas palabras, V. solo me tiene que dar cuenta de aquella sangre derramada.

Una expresion terrible se pintó en su fisonomía marcada por el terror.

—Oh! exclamó: yo probaré á V. que si fui culpable, él lo fué mucho mas! no, no se librará del castigo que á mí me toque.

—V. no tiene datos ningunos contra él, y yo los tengo de que V. asesinó á mi padre y V. solo aparecerá acusado ante los tribunales.

—Que no tengo datos! Ah! V. se engaña! no se comete un crimen para que aproveche á otro, sin ligarle bien á nosotros para un caso extremo, exclamó.

—D. Pedro no pudo... dije sin acabar la frase para dejarle responder.

—D. Pedro pudo escribir una carta dándome las postreras instrucciones, porque no queria avistarse conmigo temiendo inspirar sospechas. Entonces, trastornado con su odio no pensaba en nada, obraba bajo el impulso de una pasion y ya sabe V. que las pasiones ciegan. Con los años se olvidan los hechos, se pierde la memoria, y sin valor para arrostrar las consecuencias de un delito, se procura culpar á otro. Oh! vea V. porque ayer queria marchar, queria huir cuando yo le hablo de V., me dejaba solo para que en todo caso yo....

—¿Cuanto creé V. que puede valer esa carta de D. Pedro, le pregunté rápidamente.

—Comol V....

—Yo puedo suponer con razon, que el que por oro vende su conciencia, por oro tambien puede vender á su cómplice.

Castell se dominó al escuchar aquel insulto y murmuró friamente.

—Y bien; en todo caso ¿qué mepodria V. ofrecer?

Aquella cínica pregunta me dejó mudo.

En efecto que le podia ofrecer?

Despues de meditar un instante:

—La mitad de los bienes del Marquesado de Alba-luz y mi palabra de honor de no intentar nada contra V., le respondí.

—El Marquesado de Alba-luz aun está en poder de D. Pedro, y para que V. lo recobre será preciso que los tribunales entiendan en ello, y entonces su palabra de V. de poco puede servirme,

Aquel infame tenia razon y sus palabras desconcertaban enteramente mis proyectos.

—D. Pedro, dije por último, y probando este medio postrero, está dispuesto á declararlo todo obedeciendo á la voz de su remordimiento.

—Sí, murmuró como hablando consigo mismo; ese anciano imbécil será muy capaz de ello, algunas veces me ha hablado de no se que temores, de la conciencia....

—Acabemos, exclamé sin poder contenerme; acabemos.

—Quiza me resuelva á dar á V. esa carta dijo al fin, júreme V que no hará nada hasta dentro de tres dias y para ese término vuelva V. aquí.

Yo quise resistirme, alegué mil razones, porque solo aprovechando la sorpresa del momento podia tener alguna esperanza de conseguir aqueprueba.

Pere él se negó resueltamente y tuve que ceder. ¿Que iba á hacer?

Por algunos instantes, sentí impulsos de arrojarme sobre aquel infame y destrozarle bajo mis piés: pero me hubiera perdido sin dar ningun resultado.

Salí, pues, de aquella casa sin haber conseguido nada, y sin esperar nada ya, porque si Castells tiene una entrevista con D. Pedro, lo que es de esperar, se convencerán de mi estratagema y nada tendrán que temer de mí.

Esperaré sin embargo estos tres dias, y si nada consigo del uno ó del otro, vengaré nuestra desgracia y la muerte de nuestro padre.

Adios, entre tanto, hermana mia. Él vele por nosotros, ó á lo menos nos dé fuerzas para sufrir.

FABIAN.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.